Globethics Repository



La ciudad celeste y la ciudad de piedra [The heavenly city and Stone Town]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	La Pira, G.
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-19 18:31:44
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213394

confrontación

La ciudad celeste y la ciudad de piedra*

por
G. La Pira

He pensado largamente sobre lo que debía hablar. Lo que os diré es fruto de la reflexión y de la experiencia. Cosas vistas, cosas vivas: ciudades visitadas, experiencias realizadas, sobre todo en estos últimos tiempos en que he hecho tantos viajes. He estado siempre como un buscador de oro: he tratado siempre de ver las cosas desde una cierta perspectiva. Recientemente he estado en Marraqués. Todas esas ciudades árabes son bonitas. He estado en Constantinopla: otra maravilla. Naturalmente era siempre el Alcalde de Florencia que miraba las otras ciudades con los ojos del Alcalde de Florencia: es la verdad, afirmo siempre que mi ciudad es la más bonita de todas, es la perla: cualquier experiencia que hago me confirma en mi convicción.

Dije una vez al Príncipe heredero, allí en Marraqués, en Marruecos (había estado en Florencia con su padre): ¿sabe por qué Florencia es tan bonita? Porque todas nuestras ciudades tienen un origen común: este origen común es la ciudad de Jerusalén. Es necesario verla. Ya la vi en el 53 al igual que las otras pequeñas ciudades de Palestina. Ella es la matriz de todas las ciudades medievales, cristianas y árabes. Debemos buscar algo: el misterio que subyace a las ciudades auténticas (no hay realmente muchas ciudades auténticas en Europa, incluída Rusia). ¡La impresión que me hizo Kiev, por ejemplo, en la parte en que conserva todavía su estructura medieval! No es porque yo añore el pasado, sino porque el pasado es la raíz del futuro: como el futuro está siempre en dependencia de la raíz.

*A principios de 1960, en el curso de una serie de conferencias sobre temas del momento, organizadas por la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Florencia, el profesor Jorge La Pira tuvo la siguiente disertación, copiada íntegramente aquí del texto grabado, que conserva todavía su tono gratamente conversacional que le era característico.

Pensándolo bien, el futuro depende más de las ciudades que de los Estados. El Estado es la forma jurídica. Le dije al Alcalde de Moscú cuando estuvo aquí: mire, los Estados cambian, pero las ciudades permanecen. Pasó Napoleón, después otros, etc., pero Moscú existe todavía, permanece. Pasan las formas jurídicas, permanece la ciudad, permanece un valor permanente. La historia futura lleva siempre la urdimbre de estas ciudades, que forman como una única ciudad.

Me diréis: ¿y qué tiene que ver todo esto? Tiene que ver, porque todos los que tienen alguna responsabilidad política o administrativa deben meditar una realización existente para resolver los problemas políticos fundamentales. En caso contrario, como decía a mis amigos, seamos directores generales, no seamos filósofos. El director general ordena, pero no tiene por qué intuir la dirección de la historia, como el juez.

Debéis saber que aquí, en 1944, cuando muchos de vosotros erais muchachos, Florencia estaba en condiciones terribles. En esta facultad, en esta aula precisamente se debatió una idea genial. Era necesario reconstruir Florencia, no sólo materialmente. Se trataba además del problema de la reconstrucción de Italia: mejor, dado que la guerra era mundial, se trataba de la reconstrucción del mundo. En la facultad de arquitectura, Michelucci organizó un ciclo de conferencias que dieron profesores de otras ramas: de ciencias políticas, de derecho, de física, etc. Yo asistí a dos ponencias inolvidables para mí. La del profesor Bernardini, profesor de física nuclear, realmente me encantó. Una filigrana: no había oído jamás una ponencia de ese estilo. Después de él casualmente me tocó a mí. ¿Sobre qué hablar? Michelucci me dijo: haz como te parezca. Lo pensé y hablé sobre un tema que había sido mi reflexión durante los años de la resistencia al Estado totalitario fascista: la persona humana. Bien, dije, yo hablaré de la arquitectura de la persona humana, y ya que la persona humana se encuadra en la arquitectura del cosmos, planteemos de este modo la ponencia.

Por lo demás, la base era aristotélico-tomista: la arquitectura del cosmos, y en esta arquitectura coordinada, la arquitectura del hombre. ¿Qué dije? En resumen: me remití a una frase bellísima de Santo Tomás: *Ex consummatione hominis perfectio universi quemadmodum pendet.* La estructura de todo el cosmos es una estructura orgánica y jerarquizada de valores: la forma aumenta de valor a medida que asciende hacia su límite que es la persona humana. El límite de esta belleza visible, de esta escala de valores que es el cosmos, es la persona humana, la cual después va más allá y llega hasta la forma pura que es Dios.

En la segunda ponencia dije: ¿cómo está estructurada esta persona humana? Es doctrina archiconocida. Esta persona humana está constituida arquitectónicamente de esta manera: toda su estructura interna, sus operaciones inter-

nas, sus operaciones espirituales, de la inteligencia, de la voluntad, todo eso tiene una mira, la de permitir a la persona humana el cumplimiento de una operación interior que es una operación contemplativa, de belleza. La arquitectura de mi persona está hecha de modo que yo, en un cierto punto, me abra a una contemplación misteriosa de las cosas. Vosotros, arquitectos, lo sentís, es vuestro mundo. Es ese acto que cada uno de nosotros experimenta de manera diferente, y que dice: he aquí que por fin alcanzo mi vocación de hombre contemplativo. Este, sin hacer un análisis más profundo, fue el tema de las dos ponencias: la estructura del cosmos, jerárquica, construida de manera que cumpla una operación mística.

Me diréis: ¿pero por qué, señor La Pira, nos dice estas cosas? Porque tengo que defender al hombre. ¿Qué hago para defenderlo de cara al Estado que trata de oprimirlo? Quieto, presidente del consejo, rey, quieto: usted no puede poner sus manos en este mundo interior que me constituye y me define. No puede decirme: piense usted de este modo. Usted puede darme indicaciones externas, pero lo que me define es este acto de libertad interior, místico, es el reino de la libertad íntima. En este mundo usted no pone sus manos. Es la rebeldía ante cualquier forma de totalitarismo, por tanto la defensa de la persona humana.

Aquí debemos considerar otras cosas. Las condiciones históricas habían cambiado. Se había llevado a cabo la liberación. En efecto, había un aire distinto, una posibilidad de pensar, una crítica que hacer a las teorías materialistas, viniesen de donde viniesen. Y había una reconstrucción que hacer. Había que hacer, aquí en Italia, incluso la Constitución. A propósito de esto, me acuerdo que el pobre profesor Papini, más tarde mi gran adversario, pero amigo, cuando cité un texto de Santo Tomás sobre la noción de orden, me requirió buscar la cita exacta y su fuente y me envió en recompensa un texto muy bello de Miguel Angel, las «Rimas», lo cual me agradó. Me parece que es en la 150 donde Miguel Angel dice: *Las fábulas del mundo me han quitado el tiempo para contemplar a Dios*. Como prueba de este acto misterioso de la contemplación interna, él me recordó a Miguel Angel, y me escribió una hermosa carta.

Vengamos a la comisión constituyente. Se hizo la Constitución que, como todas las cosas de este mundo, fue criticada. Pero fue un principio inspirador. Si leéis la introducción de la Constitución, sus primeros artículos, los que debían servir de orientación a toda la Constitución y por tanto al modo de estructurar la nación, y en consecuencia al Estado, encontraréis que allí se afirma el personalismo.

La persona tiene su libertad interior y se expresa en muchas comunidades que son como círculos concéntricos, que parten del hombre, pasan por la familia, se integran en la ciudad, en la nación; forman la familia total de las naciones: es la persona que se expande. Recuerdo que esta tesis la encontramos noso-

tros (Dossetti, Moro, etc.) resumida en un magnífico proyecto de Constitución del gran Mounier. Mounier es quizá la figura más singular de la Francia contemporánea. Lo han criticado, como a todo hombre, pero es grande. El proyecto de Constitución tenía este pensamiento dominante: el concepto de persona que se expresa en muchas comunidades en crecimiento, que la integran sin oprimirla. Y esto se afirma plenamente en el proyecto comunitario de Constitución. Ese proyecto de Constitución, integrado naturalmente en su ámbito político, constituyó el cañamazo sobre el que hicimos la primera parte de la Constitución, sus primeros artículos. Estos son políticamente un poco cargantes por la presencia de los comunistas (Togliatti, Marchesi) y de los otros partidos liberales, monárquicos, etc.,: (¡la primera Comisión era una diversión!): y cada uno trataba de llevar el agua a su molino.

Pero nosotros estábamos de acuerdo, éramos un grupo pequeño y sabíamos a dónde queríamos llegar: afirmar los valores de la persona, su arquitectura, su mundo interior de libertad, el acto misterioso que lo define. Afirmar que esta persona está en el contexto de la comunidad: por tanto la familia, por tanto la ciudad, por tanto la nación, por tanto todas las otras naciones. Nuestra tesis era, pues, la misma tesis de Mounier.

Se hizo la Constitución. Y debo decir que tuve una serie de experiencias curiosas, imprevistas, pero fructuosas. Doy gracias a Dios. Recuerdo por ejemplo mi experiencia en el Ministerio de Trabajo: el pan de cada día, el valor del trabajo. Nunca había entendido lo que era el paro... ¡Qué descubrimiento! si no se hacen estos descubrimientos no se hace nada: pasas a su lado y no caes en ello. Es lo mismo que le pasa a un turista que viene a Florencia y pasa junto al Bautisterio y no sabe que se trata del Bautisterio. Somos turistas: pasamos junto al paro y no sabemos lo que es el paro. Pasas junto al que no tiene casa y no sabes lo que es la casa, no la has descubierto nunca. Pasas junto a la ciudad y no sabes lo que es la ciudad, no la has descubierto nunca. Lo mismo yo, había pasado junto a tantas cosas, también ante el trabajo, pero no lo había entendido. Lo entendí cuando estuve allí: entonces entendí lo que es el valor de fondo del trabajo y, por tanto, del paro.

Finalmente, ¡pobre de mí!, me hicieron Alcalde de Florencia. Hasta entonces las cosas habían marchado así, en el menos peor de los casos. Nunca había pensado que pudiera llegar a ser Alcalde de una ciudad, Alcalde de Florencia. ¡A pesar de esto, he querido siempre a mi ciudad, entendámonos! Recuerdo que nos encontrábamos, Calamandrei y yo, en Roma cuando llegaron las noticias del bombardeo de Florencia. Llorábamos, no sólo porque se bombardeaba una ciudad, sino porque se trataba de Florencia: como lloraban los hebreos en Babilonia cuando se acordaban de Jerusalén. Pero yo llegaría a ser Alcalde, ¡jamás imaginado! y Alcalde me hicieron.

Recuerdo un reciente 25 de julio (fiesta de Santiago, ¡los florentinos recor-

damos esta fecha porque es la fecha de la expulsión del duque de Atenas!), los florentinos encargaron una misa de acción de gracias en Orsanmichele (Lonja de San Miguel). Era también la fiesta de la policía municipal, y yo estaba metido entre ellos. Durante la misa, en un cierto momento, tuve la intuición —éste es el famoso acto contemplativo que define la arquitectura del hombre—, tuve casi una sacudida interna, hice de alguna manera el descubrimiento de Florencia, de por qué era Alcalde de Florencia.

Al mediodía tenía que dirigir unas palabras a los municipales, tenía que pasarles revista, como un comandante, y entonces pensé lo que tenía que decir.

Recordé la parábola del Evangelio «la ciudad sobre el monte», que al estar así no puede no ser vista. Pues bien, esta ciudad sobre el monte, hecha para ser vista y para comunicar una luz y una belleza, me disipó de momento las penas que tenía (también vosotros tenéis penas en la vida, ¿no?), y hablé expresando mis conceptos a los municipales, que estaban un poco sorprendidos porque era un lenguaje nuevo. Hablé de la ciudad sobre el monte, la cual al estar sobre el monte, sobre el vértice de los valores y al ser de una belleza incomparable, estaba destinada a iluminar en todas las direcciones de la tierra. Los municipales, en fin, quedaron contentos. Pero desde aquel día yo comencé a meditar a partir de este descubrimiento: en definitiva como un artista.

Por ejemplo, yo que soy profesor de Derecho romano, consigo ver cada año muchas cosas que antes no había intuido. Vosotros, en vuestro estudio, ¿qué otra cosa tenéis en el fondo si no intuiciones? Todos somos un poco artistas en este sentido y hacemos continuamente nuestros descubrimientos. Comencé, pues, desde este descubrimiento «incoado», iniciado, y llegué a algunas conclusiones. Ya había calado en mi alma el descubrimiento de la persona humana: ahora comenzaba a comprender otro, que no había entendido cuando estaba en la comisión constituyente. A pesar de que hablara de ciudades y de pueblos, hablaba de ello en abstracto, pues no sabía lo que era la ciudad y lo que eran los pueblos. Fue como la simiente: sembrada en mi alma, creció poco a poco. Exactamente como en el Evangelio: tú duermes y la semilla va creciendo. Esto es lo que pensé.

Estábamos en Roma cerca del Monte Mario, en una terraza, por la tarde. En Roma, los pájaros, en primavera, van en bandadas innumerables, hacen dibujos geométricos en el aire de una perfección matemática que nisiquiera Leibnitz sería capaz de conseguir. Yo observaba: estos pájaros descienden de sus árboles y se ponen a cantar o descansar. Poblaciones de pájaros con sus movimientos geométricos, insuperables.

Dije al comandante que me acompañaba: ¿ha visto usted esos pájaros? ¿Pero no os parece que los hombre, los pueblos, en su movimiento universal, todos los pueblos, en el movimiento, ya de crecimiento interno (por tanto so-

cial, cultural, político, religioso), ya en sus relaciones orgánicas por las que todos están vinculados, tienen un instinto? Aunque son libres y responsables, tienen, sin embargo, algo que les mueve irresistiblemente. Hay una fuerza que los empuja hacia una tierra misteriosa, pero real, creativa, por lo que hacen lo que sienten que deben hacer: construyen sus nidos con una sabiduría indescriptible.

Existe, entonces, una teleología de los pueblos. Sus movimientos se han concretado instintivamente. Los pueblos como tales, que se encuentran en ciertas posiciones geográficas, climáticas, culturales, y demás, ¿han llegado a su proceso final? ¿Existe una teología de los pueblos? He aquí la pregunta, la primera pregunta. La segunda pregunta está en relación con la anterior: ¿existe también una teleología correspondiente de los nidos, de las construcciones que los animales se hacen, una teleología de sus habitaciones? Es importante, ¿no os parece? Si los pueblos tienen una teología, ¿existe una teología correspondiente de sus nidos, de sus casas? Observad cómo desde este momento el problema urbanístico adquiere una importancia enorme.

Comencé a reflexionar sobre esto, comenzaron a interesarme profundamente los problemas políticos en esta dirección. Atención me dije, aquí es necesario ampliar los horizontes: soy Alcalde de Florencia, Alcalde del pueblo florentino. Pero esta ciudad de Florencia, este pueblo florentino, ¿cómo se coordina con el movimiento de todos los otros? ¿Y la ciudad, esta ciudad, con todas las otras ciudades? En mi reflexión, busqué otras lecturas, otras inspiraciones. ¡Cómo se puede iluminar la urbanística! Tomad la Biblia, que es el libro urbanístico por excelencia. Os lo he dicho ya al comienzo. La raíz de todas nuestras ciudades es Jerusalén. Pero Jerusalén expresa el misterio de Israel, y el misterio de Israel expresa el misterio de la historia universal. Pensemos ahora, por ejemplo, en la arquitectura de las tiendas en el desierto: algunos artistas de Israel, por inspiración, y todo el pueblo de Israel, se pusieron a construir la tienda por excelencia, la tienda del culto, con todos los detalles de una belleza artística irrebatible.

Esta tienda que era el centro de todas las tiendas. ¿Recordáis cuando en los *Números* se nos presenta un adivino pagano que debe maldecir a Israel? Contempla las tiendas del pueblo de Israel y no es capaz de maldecirlas, sino que las bendice. He ahí la belleza de todas las tiendas alrededor de la tienda, hecha con los mayores valores artísticos, con los mayores valores litúrgicos. Jerusalén se construyó de la misma manera. Todo el compromiso de David primero y de Salomón después consiste en echar las bases de esos elementos que expresaran, en la construcción de la ciudad, toda la belleza posible e imaginable, el culmen de la belleza. Pensad en la Escritura cuando dice: *Ciudad de belleza perfecta, gozo del mundo entero.* Y ese salmo invita a mirar siempre a Jerusalén para contar su belleza a las generaciones venideras.

Entonces yo me dije, soy Alcalde de la ciudad: la cosa aquí es un poco seria.

Es necesario que yo vea la ciudad desde esta perspectiva teleológica y teológica. Estoy en Florencia y, por tanto, examinar lo que sucedió, lo que está sucediendo en Florencia. En ese momento se me planteaban cuestiones inmediatas. Un Alcalde es un poco como un padre de familia. Y he aquí la primera cuestión: la de los parados. ¿Podía yo acaso ir a contar a un parado la teleología de Florencia? Os he hablado ya del descubrimiento que hice con ocasión de la fiesta de los municipales, el 25 de julio.

La segunda cuestión fue la de la casa para el que no la tenía. Había descubierto la belleza de Florencia. ¿Podía acaso ir a decir a alguien sin casa: mira qué bonita es nuestra ciudad? Es verdad que se podía responder así: usted no tiene casa; bien, espere, que, cuando se cumpla el plazo reglamentario, le tocará sin duda alguna. ¿Habríais respondido vosotros así a quien os pidiese una casa? ¿Cómo os habríais comportado? Así, pues, tomé determinaciones aventuradas sin consultar a nadie, ni soluciones urbanísticas, nada. Llamé a un arquitecto y le dije: «Hagamos rápido un proyecto». Pero, dijo él, «¿Quién lo firma?». «Lo firmo yo, después se verá. Usted, entre tanto, y rápido, haga unas casitas para entregar rápidamente». Se hicieron así 500 casitas: tendrán todos los defectos de la improvisación, han tenido muchas críticas, pero ¿qué habríais hecho vosotros para atender las peticiones de los sin casa, mientras el Ina-Casa* preparaba su proyectos? Después surgieron las llamadas *Casa mínimas,* dado que todavía no se habían cubierto las necesidades; y las casa mínimas son algo más que las casitas.

Que no me vengan a decir que fue algo antieconómico. ¿Sabéis cuánto costaban? Ni siquiera un millón de liras cada una. ¡Con mil millones podía hacer mil!* No tenía mil millones, pero entre tanto comencé, después encontraría los dineros. En fin, me habéis entendido. No intentaba hacer algo urbanístico: quería casas, provisionales, que un día habría que derribar, entre tanto habrían servido para la situación de emergencia en la que me encontraba. A pesar de todos estos esfuerzos, me di cuenta que todavía no había casas suficientes: ésta es la razón de las requisas, que hice únicamente para solucionar la situación.

Estas son, pues, las tres medidas que tomé de cara a la necesidad del nido: casitas, casas mínimas y requisas.

Respecto a éstas, me dije: ¿Los florentinos, son o no son una gran familia? El que tiene puede ayudar al que no tiene, ¿no os parece? ¡Nunca eché de casa a sus moradores! Requisé nada más que caseríos deshabitados, en espera de la colocación definitiva de los que iban a habitar estos caseríos.

Aquí comenzó el problema de la estructuración orgánica de la ciudad. Este

*INA = Instituto nacional de seguros (ndt)
*En los años 60 la peseta equivalía a 10 liras.

era el problema: cómo organizar el crecimiento de la ciudad. Entonces me dirigí al Ina-Casa, y planteé por primera vez la cuestión: «¿Cuál es vuestro cometido en el Ina-Casa, construir casas o ciudades?». La respuesta fue: «Nuestro cometido es construir ciudades, no casas». Así, sobre esas bases, surgió el *Isolotto*. Florencia, la ciudad, se extiende orgánicamente según un sistema de grupos de viviendas autosuficientes: las ciudades-satélites.

Según la estructura de la ciudad-madre surge de alguna manera la estructura de las ciudades-hijas, de las ciudades-satélites. La ciudad que permanece siendo una gran familia, un centro de valores, y, a su alrededor, las ciudades-satélites con sus estructuras: la iglesia, la escuela, algunos edificios públicos fundamentales, como los puestos de socorro, quizá los hospitales, en fin todo aquello de lo que necesita una familia, de modo que la ciudad sea completa, como decía León Bautista Alberti, ¿Qué es la ciudad?, decía. Es una gran casa grande, como la casa es una ciudad pequeña. Se trata, en definitiva, del principio comunitario: la casa es parte de un organismo más grande que es la ciudad. La ciudad ofrece a cada casa todo lo que necesita. ¿Qué es lo que necesita? He aquí los valores: la iglesia, las escuelas, los edificios públicos. ¿Qué necesita el individuo? La casa, después la oficina para trabajar, la escuela para la inteligencia, el hospital para curarse, la iglesia para orar, el ayuntamiento para las relaciones entre los ciudadanos. Este es el modo en que concebimos el Isolotto, esta ciudad-satélite, que, con todos los defectos propios de los primeros experimentos, dio a la casa y a la persona humana un respiro.

Según este sistema orgánico, es necesario hacer otros nucleos satélites, pero siempre según este principio: las ciudades-satélites se parecen, de alguna manera, a la ciudad-madre, con la que deben estar en comunión continua, ya que unen a ella, aun teniendo su autonomía, venciendo el principio burgués de la casa aislada y aplicando, por el contrario, el principio comunitario de la ciudad que es una casa grande.

El principio que nos inspira es siempre el de la defensa de la persona humana. Porque hay dos modos de concebir la comunidad: una comunidad que se convierte en una jaula y oprime a la persona, y una comunidad que da contexto a la persona, la integra. El primero es un principio de opresión, el segundo de integración. El uno va más allá de los límites y por tanto se equivoca, el otro permanece dentro de los límites y por tanto es válido, afirma la comunidad de un pueblo y, en consecuencia, la ciudad que lo expresa. Este fue el principio inspirador. Dije a los que me rodeaban: yo puedo tener una visión ideal, señores, pero me apremia la persona humana, su libertad, todo lo que es necesario para que haya un desarrollo social. Así es como los arquitectos y los urbanistas, designados para ello, trataron de realizar este concepto comunitario. El plan fue realizado, vosotros lo sabéis, por grandes arquitectos y grandes urbanistas. E hicieron bien, porque a su valentía unen la gracia de estado.

Llegados a este punto, debemos considerar el problema que nos queda: la ciudad-madre que se expande orgánicamente, por grupos similares, según el patrón de la estructura estelar. Se trata, por lo demás, del principio que rige todas las cosas. Pensad, por ejemplo, en el Derecho romano: junto a los grandes principios, ¡qué sabiduría legislativa se creó en su derredor! ¡Cuántas cosas se han construido, corporales e incorpóreas, que constituyen un organismo que llamamos «universum ius». Esta es la estructura estelar: un centro nuclear y todos los ordenamientos que gravitan a su alrededor.

Planteado el principio de la estructura estelar, nos queda el problema de fondo. La ciudad donde construimos es Florencia. Florencia, esta ciudad-madre, como Jerusalén y las ciudades de Judá que gravitan a su alrededor. Durante la fase preparatoria del llamado Coloquio mediterráneo, un profesor israelí me dijo: «Me habían dicho que el renacimiento florentino era un renacimiento pagano. Lo había leído en los libros: he venido aquí y he vuelto a creer El renacimiento florentino es un renacimiento culturalmente bíblico. Florencia es una ciudad bíblica». Yo no lo había dicho, estaba convencido. Quien lo dijo fue él, y me produjo alegría. ¡Las cosas bellas nuestras, no las olvidemos! ¡Cuántas veces he admirado, y no me canso jamás, las puertas de Ghiberti, las puertas del Paradiso: está allí todo el Antiguo Testamento! Veo todas las cosas desde esa perspectiva.

Una ciudad como Florencia, perla del mundo, pero, mejor, digamos la ciudad del pueblo florentino, como decimos París la ciudad de los parisienses. Jerusalén, la ciudad del pueblo de Israel, tiene su contexto vital en el que se mueve. Hay ciudades que todavía no son ciudades. Nueva York no es una ciudad, tiene todavía que formarse, ¿verdad que me entendéis? ¿Reflexionando sobre Florencia, sobre mi ciudad que es ciudad sobre el monte he recordado otra ocasión cuando hablé a los industriales con motivo de la Pignone.* No hablé realmente de la Pignone, hablé de la ciudad, del conjunto de la ciudad. Pues bien, reflexionando sobre la ciudad he recordado una cosa, gracias a Péguy: la ciudad terrestre es la prefiguración de la ciudad celeste, construída según el modelo eterno: según esto, ¿cómo me la represento?

En el Apocalipsis, en la última visión, San Juan habla de Jerusalén celeste, describe el ángel que mide esta ciudad, y mide, dice, su altura, su longitud y su anchura: las tres dimensiones de la ciudad celeste; y encuentra que estas tres dimensiones son muy bellas. Este pasaje de Juan es verdaderamente hermoso, incluso desde el punto de vista artístico, esta descripción de la ciudad llena de piedras preciosas, de esmeraldas. Toda la riqueza del mundo oriental está inserta en esta contemplación de Juan. Según esto, la ciudad auténtica tiene siempre, como la ciudad celeste, tres dimensiones, esto es, su altura, su longi-

*Muro de recalzo en la orilla del río Arno.

tud y su anchura. Pero, ¿en qué consisten, en definitiva, estas tres dimensiones?

La altura es la jerarquía de sus valores: mirad la ciudad, desde una casa, desde las casas hasta la cúpula de Brunelleschi: es una jerarquía que tiene en su culmen los valores contemplativos supremos.

Todo esto no hubiera sido posible sin Dante, sin los grandes místicos florentinos, los grandes arquitectos, los grandes escultores, los grandes pintores: todos a la vez, ligados al mismo destino, componen esta escala de valores. Mirad, no encontraréis ninguna otra ciudad, fuera de Jerusalén, en la que todo y todos, místicos, escultores, arquitectos, pintores, artesanos y el pueblo entero tengan el instinto constructivo de su escala de valores. Se lo dije una vez a un periodista hebreo: mire, lo que para ustedes es Jerusalén es para mí Florencia: todo converge aquí. Los santos florentinos, el pueblo florentino están aquí ligados a este destino. Dante murió de nostalgia fuera de su ciudad: la Divina Comedia no tiene sentido fuera de Florencia; Giotto, León Bautista Alberti, todos están aquí. Es una convergencia misteriosa, es todo un pueblo que ha trabajado para crear esta escala.

La longitud son los siglos, es el tiempo y las generaciones. Es decir, todas las generaciones que han habitado la ciudad y la habitarán, todos los siglos que la han construido, todas las artes, todas las fuerzas sobrenaturales y naturales; cielo y tierra han puesto aquí su mano. Es su vocación. Un pueblo tiene el instinto de su vocación. El pueblo florentino tiene una vocación de belleza, de belleza teologal.

La anchura: es el espacio en el que se irradia esta ciudad, que tiene esta jerarquía de valores, que tiene esta vocación: su espacio es universal. Yo he hecho la prueba. En los encuentros, en las experiencias, desde cualquier perspectiva en que os coloquéis, mirad a Florencia, si la habéis querido. Ella tiene esta característica inalienable: ciudad sobre el monte, no sólo para el pasado sino para el futuro. Es así una donación, un destino, un misterio, un misterio verdaderamente teológico.

¡Tendría que añadir tantas cosas bellas! Pero, ¿qué conclusión habría que sacar? Se trata, a mi parecer, de la premisa meta-urbanística, la premisa metapolítica que debe guiar como una luz a los arquitectos, a los urbanistas y a los políticos. Escrutar el fondo de los pueblos y el fondo de las ciudades que los pueblos se han construido, porque estas ciudades del pasado no son el pasado, sino la raíz de la ciudad futura, son las ciudades-madres, que señalan la construcción de las ciudades lejanas que vendrán, y que sirven tanto para América, o Rusia, o China, como para Columbia. Esta meta-urbanística, esta metapolítica no os impiden las mayores audacias técnicas. Se pueden realizar las mayores audacias urbanísticas, al modo de Le Corbusier. El vínculo lejano, misterioso, grandioso, creativo, con las catedrales blancas, construyen las nue-

vas ciudades, las cuales, antes de convertirse en ciudades, necesitan del tiempo, porque son la expresión de los pueblos que se construyen como tales.

Perdón por haber hablado tanto. Cada uno, naturalmente, piensa las cosas como las cree, pero el problema permanece: es la crisis de la urbanística contemporanea. La solución del problema presupone, para que sea orgánica e históricamente válida, una reflexión de fondo sobre el misterio de las ciudades y de los pueblos, sobre la teleología de los pueblos y de las ciudades, y, en consecuencia, sobre la teología de las ciudades y de los pueblos. Os deseo que podáis construir catedrales blancas y ciudades más blancas aún que las catedrales.

Traducido por: V. Martín.